

<https://TheVirtualLibrary.org>

El voz baja · La sombra del ala · Un libro amable

Amado Nervo

Sociedad de ediciones literarias y artísticas, París, 1909

Alma, ven a mi alma sin ruido,
que te quiero decir, así, al oído:...

Madre, los muertos oyen mejor:
¡sonoridad celeste hay en su caja!
A tí, pues, este libro de intimidad, de amor,
de angustia y de misterio, murmurado en voz baja...

EN VOZ BAJA

Favete linguis...
Horacio
(Odas, III, 1, 3)

EN VOZ BAJA

QUISIERA...

¡Quisiera, noble hermana,
prender en los encajes
del verso y de la prosa,

el alma triste, arcana,
sutil y misteriosa
que tienen los paisajes!

¡SILENCIO!...

Ufanía de mi hombro,
cabecita rubia, nido
de amor, rizado y sedeno:
¡ Por Dios, a nadie digas que tanto te nombro,
por Dios, a nadie digas que nunca te olvido,
por Dios, a nadie digas que siempre te sueño!

NO LE HABLÉIS DE AMOR

¡ Es su faz un trasunto de ideal, tan completo!
¡ Son sus ojos azules de tan raro fulgor!
Sella todos sus actos en divino secreto...
¡ No le habléis de amor!

¡ Es tan noble el prestigio de sus manos sutiles!
¡ Es tan pálido el rosa de sus labios en flor!
Hay en ella el misterio de los viejos marfiles...
¡ No le habléis de amor!

Tiene el vago embeleso de las damas de antaño,
en los lienzos antiguos en que muere el color...
¡ No turbéis el silencio de su espíritu hurano!
¡ No le habléis de amor!

VIEJA LLAVE

Esta llave cincelada
que en un tiempo fué, colgada,
(del estrado a la cancela,
de la despensa al granero)
del llavero
de la abuela,
y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores;
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió:
solo en un baúl de cuero,
desprendida del llavero
esta llave se quedó.

Herrumbrosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fé,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
inada es ya de lo que fué!

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena...
¡me parece un alma en pena!

Pobre llave sin fortuna...
y sin dientes, como una
vieja boca, si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
de mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.
Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores:
tú, de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Tu torcida arquitectura

es la misma del portal
de mi antigua casa oscura,
(que en un día de premura
fué preciso vender mal!)

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés mi prima y yo
nos dijimos tantas cosas,
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó...

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

HOJEANDO ESTAMPAS VIEJAS

Dime, ¿en cuál destas nobles catedrales
hace ya muchos siglos, oh, Señora,
silenciosos, mirando los vitrales,
unimos nuestras manos fraternales
en la paz de una tarde soñadora?

Dime, ¿en cuál de los árboles copudos,
deste bosque, medrosos y desnudos,
oímos, en los viejos milenarios,
rugir a los leones solitarios

y aullar a los chacales testarudos?

Di si en esta enigmática ribera
me esperabas antaño, compañera,
sólo teniendo en noches invernales
por chai para tus senos virginales,
la húmeda y salobre cabellera.

¿En cuál destos torneos tus colores
llevé y en cuál castillo tus loores
entonaron mis labios halagüeños?
Y si nunca te vi ni te amé viva,
por qué hoy vas y vienes pensativa
por la bruma de nácar de mis sueños?

RUEGO

A Anita

Fui bueno para tí como las rosas,
como el hilo de agua, como el día,
y te hice, en tus horas dolorosas,
la santa caridad de mi poesía.

En cambio, sé indulgente, como una
hermanita mayor; pon tu sonrisa
en esta lóbreguez de mi fortuna....
¡ Sé piadosa... como un rayo de luna!
¡ Sé suave... como un soplo de brisa!

TEE QU'EN SONGE

Ayer vino Blanca,
me miró en silencio
y era más misteriosa que otras veces:
como se ven las cosas en los sueños...

Larga, largamente
me sonrió; pero
con la rara expresión con que sonríen
las bocas que miramos en los sueños...

¡ Qué melancolías
en sus ojos negros!
¡ Esas melancolías indecibles que
entristecen los rostros en los sueños!...

Me miró y se fué
con paso ligero,
más ligero que nunca: con el paso
con que andan los fantasmas en los sueños.

TAL VEZ

Este despego de todo,
esta avidez de volar,
estos latidos que anuncian
el advenimiento de la libertad;
esta pasión por lo arcano,
me hacen a ratos pensar:
—Alma, tal vez estoy muerto
y no lo sé... ¡ como don Juan!

Esta nostalgia de mundos
¡ ay ! que ni sé dónde están;
estas vislumbres de seres
y cosas sin nombre, que no vi jamás;
esta embriaguez de infinito,
me hacen a ratos pensar:
—Alma, tal vez estoy muerto
y no lo sé.. . ¡ como don Juan!

Estos amagos de vértigo,
cual si mi espíritu ya
fuese flotando en el éter;
esta misteriosa sensación de paz,
estos perfumes de enigma,
me hacen a ratos pensar:
—Alma, tal vez estoy muerto
y no lo sé... ; como don Juan!

ES UN VAGO RECUERDO...

Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego en la noche desaparece;
que surge de un ignoto pasado,
que viene de muy lejos y como muy cansado;
que llega de las sombras de un tiempo indefinido:
un recuerdo de algo muy bello, que se ha ido
hace ya muchos siglos, hace... como mil años!
Sutiles añoranzas y dejos muy extraños...

Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego en la noche desaparece.

Es una vieja esencia que el alma me perfuma
y que se desvanece después entre la bruma,
es el matiz de un pétalo de rosa desvaído,
es un resabio como de un gran amor, perdido
del tiempo en la frontera,
donde está lo que ha sido,
lo que fué y lo que era...

Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego en la noche desaparece...

LA BELLA DEL BOSQUE DURMIENTE

Decidme, noble anciana, por vuestra vida:
¿yace aquí la princesa que está dormida,
esperando ha dos siglos un caballero?

—La princesa de que hablan en tu conseja,
¡soy yo!... pero, ¿no miras? estoy muy vieja,
¡ya ninguno me busca y a nadie espero!

—Y yo que la procela de un mar de llanto
surqué... ¡Yo que he salvado montes y ríos
por vos ! — ¡ Ay ! caballero ¡ qué desencanto!...
Más, no en balde por verme sufriste tanto:
tus cabellos son blancos, ¡ como los míos!

Asómate al espejo de esta fontana,
oh, pobre caballero... ¡ Tarde viniste !
Mas, aun puedo amarte como una hermana,
posar en mi regazo tu frente cana

y entonar viejas coplas cuando estés triste...

LANGUIDEZA

Yo no sé si estoy triste
porque ya no me quieres
o porque me quisiste,
oh frágil entre todas las mujeres;

Ni sé tampoco
si de tí lo mejor es tu recuerdo
y si al adorarte fui cuerdo
y si al olvidarte soy loco.

Un suave desgano
de todo amor, invade el alma mía.
¡Qué grande y qué falaz era el océano
en que nos internamos aquel día,
los ojos en los ojos y la mano en la mano!

Hoy, siento que renace mi existencia
como una sutil convalecencia...
¡Llama soy que un suspiro apagaría!

Déjame junto a la ventana,
sorprender en el lampo que arde
los pensamientos de la tarde,
las locuras de la mañana.

Si estoy enfermo, llamaré a la hermana:
a la hermanita azul y blanca (y pura),

cuya dulce vejez, aun lozana,
tiene la grave y plácida medida
de Señora Santa Ana...

EN LA ROCA MAS HOSTIL

Clavó su castillo el conde
en la roca más hostil
del monte; como un milano
vivió en él, y murió allí.

Luengos años duró el castillo,
sus ruinas duran ya mil,
y esquivas y silenciosas
proyectan en el turquí
de los cielos castellanos
su almenaje torvo y gris.

Luengos años duró el castillo,
sus ruinas duran ya mil.

Conde, vuestros huesos áridos
tornáronse polvo y
ha siglos que nadie sabe
la tumba donde dormís.

Las crónicas que narraban
vuestros hechos en la lid,
son, en archivos oscuros,
manjar de insecto ruin.

Pero viven vuestras torres

berroqueñas y su hostil
silueta, imperiosa y grave,
os evoca, conde, allí,
vestido de todas armas,
como gigante adalid.

Luengos años duró el castillo,
sus ruinas duran ya mil.

Haber servido a su dama,
a su rey y a su país,
haber alzado una torre
en la roca más hostil;
haber confesado a Cristo,
besando su cruz morir,
¡ quién sabe, conde, si al cabo
más vale esto que el trajín
y la histeria de mi siglo,
que no acierta a donde ir,
que derriba y alza altares
con un ímpetu febril
y que, pudiéndolo todo,
no ha podido ser feliz!

Luengos años duró el castillo,
sus ruinas duran ya mil.

...Pero no, mente influida
por los abualos, no así
razones; ten fé en tu siglo,
que de uno en otro desliza,

que de uno en otro tanteo,
que de uno en otro sufrir,
que de uno en otro problema,
lleva en pos de excelso fin
su santo botón de enigma,
que en flor de luz se ha de abrir.

Luengos años duró el castillo,
sus ruinas duran ya mil.

Ven, clava tu pensamiento,
poeta, bajo el zafir
de los cielos, en la cresta
de la roca más hostil,
como almenaje de conde,
y erguido mantenlo allí,
luengos años más que el castillo
y más que sus ruinas, mil.

INMORTALIDAD

No, no fué tan efímera la historia
de nuestro amor: entre los folios tersos
del libro virginal de tu memoria,
como pétalo azul está la gloria
doliente, noble y casta de mis versos.

¡ No puedes olvidarme, te condeno
a un recuerdo tenaz! Mi amor ha sido
lo más alto en tu vida, lo más bueno,
y sólo entre los légamos y el cieno

surge el pálido loto del olvido.

Me verás dondequiera, en el incierto
anochecer, en la alborada rubia,
y cuando hagas labor en el desierto
corredor, mientras tiemblan en tu huerto
los monótonos hilos de la lluvia.

¡Y habrás de recordar! Esa es la herencia
que te dá mi dolor, que nada ensalma.
¡Seré cumbre de luz en tu existencia
y un reproche inefable en tu conciencia
y una estela inmortal dentro de tu alma!

A LEONOR

Tu cabellera es negra como el ala
del misterio, tan negra como un lóbrego
jamás, como un adiós, como un “¡quién sabe!”
Pero hay algo más negro aún: ¡tus ojos!

Tus ojos son dos magos pensativos,
dos esfinges que duermen en la sombra,
dos enigmas muy bellos... Pero hay algo,
pero hay algo más bello aun: tu boca.

Tu boca! oh, sí, tu boca hecha divina-
mente para el amor, para la cálida
comuni3n del amor, tu boca joven:
pero hay algo mejor aún: ¡tu alma!

Tu alma recogida, silenciosa,
de piedades tan hondas como el piélago,
de ternuras tan hondas...

Pero hay algo,
pero hay algo más hondo aún: ¡ tu ensueño!

ENTONCES...

Eres helada como los metales
y tu alma infantil y matutina
es clara aún como los manantiales:
ninguna imagen tiembla en sus cristales.
¡ Pero en llegando amor, serás divina!

Angélica y Oriana,
Melisandra y Cordelia,
Margarita y Ofelia,
te llamarán hermana.

¡ Oh! ; que no pueda yo, señora mía,
aguardar que el botón se vuelva rosa,
embotando del tiempo que me acosa
la tiranía!

Mas, cuando empiecen esas soberanas
germinaciones de una savia loca,
ya regalarme no podrá tu boca
sino un beso de paz, sobre mis canas...

INTERROGACIÓN

Si tus pálidas manos me bendicen,
iré tras de la Esfinge, a los desiertos,
a preguntarle aquello que no dicen,
inexorables en callar, los muertos.

Dame el odre y la alforja; del romero
dame el nudoso báculo; pues quiero
ver esta misma tarde a la taimada,
¡y aunque sus uñas en mí clave airada,
sabré al fin por qué vivo y por qué muero!

No temeré tropiezos ni deslices,
ni emboscadas recelaré ni vanos espectros,
si tú, Santa, me bendices
con tus pálidas manos...

—Mas... ¿si calla la Esfinge ?

—La encendida

noche respuesta me dará cumplida;
pues sé que no mintieron los poetas
y que al cabo se acerca la venida
de Aquél que bajará de los planetas
¡a explicar el misterio de la vida!

DEPRECACIÓN A LA NUBE

Lleva en su cuello el cisne la inicial de Sueño,
y es como un misterioso sueño blanco que pasa;
¡pero es más misteriosa la nube, que se abraza
en el poniente grave y en el orto risueño!

¡ Nube, del invisible viento visible estela,
que eres cisne a la aurora, cuervo en la noche vana;
nube, de la veleta celeste prima hermana:
nube que eres océano y onda y espuma y vela!

¡Nube, sé mi madrina! Baja piadosa y viste
de transfiguraciones todo lo que en mí dude,
todo lo que de oscuro en mi cerebro existe.
¡ Sea yo luminoso por lo que he sido triste,
aunque después, la racha que sopla, me desnude!

VISIÓN

Melancólicamente,
al tornar el rebaño,
en la tarde tranquila,
dilata en el ambiente,
sobre el paisaje hurraño,
con un intermitente
sonido que hace daño,
su vibración la esquila.

Dirígense al paseo
los ciegos del hospicio,
seguidos de un hermano,
que con leve siseo
va rezando el oficio,
mientras el parloteo
de la turba sin juicio,
despierta el eco vano...

El ala pasajera
de nubécula errante,
proyecta sombra móvil
sobre la carretera,
por donde, resonante
aparece, en carrera
febril, como gigante
batracio, un automóvil.

Desconcierto provoca
en los niños, su agudo
resollar repentido,
mientras que, visión loca,
pasa el chauffeur peludo,
con su aspecto de foca
o de buzo lanudo,
devorando el camino...

Los ciegos olfatean
la estela vagarosa
del monstruo: la pupila
dilatan; parpadean
con rapidez nerviosa...
y al fin, quietos, pasean
su noche misteriosa
por la tarde tranquila.

NOVISSIMA VERBA

Yo no sé si la muerte pondrá un sello
de nobleza mayor a esto que escribo:

si tendré el privilegio de que exclamen:

“Murió después de haberlo escrito...”

“Se formó un cabezal para su sueño
postrer, con este libro...”

Pero, muerto o viviente, soy fantasma,

¡somos fantasma nada más, amigo!

El alma universal que nos anima,

en los cuerpos encarna de continuo

para sentirse y escucharse en ellos,

y son las existencias el efímero

“aquí estoy”, las materializaciones

fugaces, el furtivo

disfraz de lo que vive tras la sombra,

de Aquello que se emboza en el abismo,

de Aquello que resume el universo,

de lo Inefable, de lo que es, ha sido

y por siempre será...

Mi buen hermano,

oye con atención esto que digo,

y que no te conturbe: ¡Dios sí existe!

... ¡Nosotros somos los que no existimos!

YO ESTABA EN EL ESPACIO

Yo estaba en el espacio.

¿ En qué punto ? ¡ Quién sabe!

El espacio es un círculo

cuyo centro se halla en todas partes

y su circunferencia

en ninguna.

Yo estaba en alma y carne
en el espacio, libre y poderoso
como un ángel.

En mi torno bogaban las estrellas
las estrellas gigantes,
como una imponderable flota de oro
incendiada, en un mar imponderable.

Recuerdo de dos soles,
verde el uno y el otro blanco; errantes
el uno eternamente en pos del otro,
buscándose los dos sin encontrarse.
¡ Qué esmeralda!
¡ Qué diamante!
¡ Qué milagro de blancuras impolutas!
¡ Qué prodigio de verdes ideales!

Recuerdo de un cometa
enorme, de verdosas tenuidades,
cuya cauda tenía
la forma de un alfanje
y que, bohemio sideral, cruzaba
ingrávido las noches inmutables,
sembrando acaso gérmenes de vida
en planetas distantes...

Y recuerdo de un sol sin sistema,
solitario coloso radiante,
que alumbraba tan solo el vacío,

como fuego ya inútil, que arde.

Y recuerdo de soles extintos,
que en siniestro enjambre
arrastraban sus negros planetas
en donde pensaron las humanidades...

¡ Sus negros planetas helados!
¡ Sus negros planetas cadáveres!

¡ Oh! no sé cómo estoy vivo ahora
después de ese viaje;
¡ no sé cómo me atrevo a escribirlo!
Rojo padre Dante,
¡ tú no viste las cosas tremendas
que me fué dado ver, rojo Padre!

Surgió una voz de pronto, que me dijo: “¡Detente!”
(Surgió dentro de mi alma, porque el espacio es mudo)
Y me detuve lleno de horrores y mi mente
quiso exhalarse en una plegaria, mas no pudo.

“Detente, un sol avanza por su órbita. Pudiera
cruzarse con tu ruta la línea misteriosa
que sigue, y como pluma que cae en una hoguera,
como perla de ámbar, como gota de cera,
fundir tu cuerpo en esa fotosfera espantosa!”

La estrella, en tanto crecía
y a medida que avanzaba
el infinito invadía
y se desredondeaba

en tremendas explosiones,
en inmensas convulsiones,
y yo, viéndola, inmóvil estaba.

Pronto mi ángulo visual
fué a la estrella tangencial
y aprecié la mole aquella:
¡ Cuan terrible, mas cuan bella!
¡ Oh, cuan bella era la estrella,
roja dalia sideral!

Me olvidé de mis temores
ante aquella portentosa
visión y cual mariposa
que enloquecen los fulgores.

Quise mis alas quemar
en el inmenso crisol,
en su pos quise volar...
Mas ¡ ay! al irlo a intentar
¡ ya había pasado el sol!

Un dios misterioso y fuerte,
que, como juglar divino,
en el éter se divierte,
lanza y recibe con tino
sus enjambres de cometas,
de soles y de planetas,
en perenne torbellino.

Y a tales juegos y a tal

torbellino, la ilusión
de un inglés original
llamó la Ley de atracción,
de atracción universal.

Mas yo que ese juego vi,
yo que al juglar admiré,
raro canto le ofrecí,
más raro libro pensé.
Y el canto... ¡lo traigo aquí!
Y el libro... ¡lo escribiré!

LA SOMBRA DEL ALA

LA SOMBRA DEL ALA

Tú que piensas que no creo
cuando argüimos los dos,
no imaginas mi deseo,
mi sed, mi hambre de Dios;

Ni has escuchado mi grito
desesperante, que puebla
la entraña de la tiniebla,
invocando al Infinito;

Ni ves a mi pensamiento,
que empeñado en producir
ideal, suele sufrir

torturas de alumbramiento.

Si mi espíritu infecundo
tu fertilidad tuviese,
forjado ya un cielo hubiese
para completar su mundo.

Pero di, ¿qué esfuerzo cabe
en un alma sin bandera
que lleva por donde quiera
su torturador “¡quién sabe!”?

Que vive ayuna de fé
y, con tenaz heroísmo,
va pidiendo a cada abismo
y a cada noche un ¿por qué?

De todas suertes me escuda
mi sed de investigación,
mi ansia de Dios, honda y muda,
y hay más amor en mi duda
que en tu tibia afirmación.

¡ MUERTA!

En vano entre la sombra mis brazos, siempre abiertos,
asir quieren su imagen con ilusorio afán.

¡ Qué noche tan callada, qué limbos tan inciertos!

¡ Oh Padre de los vivos, a dónde van los muertos,
a dónde van los muertos, Señor, a dónde van!

Muy vasta, muy distante, muy honda, sí, muy honda,
¡pero muy honda! debe ser ¡ay! la negra onda
en que navega su alma como un tímido albor,
para que aquella madre tan buena no responda
ni se estremezca al grito de mi infinito amor.

o Glacial, sin duda, es esa zona que hiende. Fría,
¡oh, sí, muy fría! ¡pero muy fría! debe estar,
para que no la mueva la voz de mi agonía,
para que todo el fuego de la ternura mía
su corazón piadoso no llegue a deshelar.

Acaso en una playa remota y desolada,
enfrente de un océano sin límites, que está
convulso a todas horas, mi ausente idolatrada
los torvos horizontes escruta, con mirada
febril, buscando un barco de luz que no vendrá.

¡Quién sabe por qué abismos hostiles y encubiertos,
sus blancas alas trémulas el vuelo tenderán!
¡Quién sabe por qué espacios brumosos y desiertos!

¡Oh, padre de los vivos, a dónde van los muertos,
a dónde van los muertos, Señor, a dónde van!

Tal ven en un planeta bañado de penumbra
sin fin, que un sol opaco, ya casi extinto, alumbraba,
cuitada peregrina, mirando en rededor
ilógicos aspectos de seres y de cosas,
absurdas perspectivas, creaciones misteriosas,
que causan extrañeza sutil y vago horror.

Acaso está muy sola. Tal vez mientras yo pienso
en ella,, está muy triste; quizás con miedo esté.
Tal vez se abre a sus ojos algún arcano inmenso.
¡ Quién sabe lo que siente, quién sabe lo que vé!

Quizá me grita: “¡ Hijo!” buscando en mí un escudo,
(¡ mi cielo tantas veces en vida la amparó!)
y advierte con espanto que todo se halla mudo,
que hay algo en las tinieblas, fatídico y sañudo,
que nadie la protege ni le respondo yo.

¡ Oh, Dios! me quiso mucho; sus brazos, siempre abiertos
como un gran nido, tuvo para mi loco afán!
Guiad hacia la Vida sus pobres pies inciertos...
¡ Piedad para mi muerta! ¡ Piedad para los muertos!
¡ A dónde van los muertos, Señor, a dónde van!

LA VIEJA CANCIÓN DE LOS CINTILLOS DEL HADA

Dióme el Hada un cintillo de topacios
en que un alma de oro se deslíe
y los topacios me dijeron: “¡Ríe!”

¡ Oh buena Hada, que Dios multi-
plique el tesoro de vuestra alegría!

Me dio el Hada un cintillo de esmeraldas,
y en el aro, (de vieja plata era),
cada esmeralda murmuraba : “¡ Espera!”

¡ Oh buena Hada, Dios os conserve
la santa virtud teologal!

Dióme el Hada un cintillo de amatista,
la santa piedra episcopal, y empieza
la amatista a decirme: “¡ Reza, reza !”

¡ Oh buena Hada, Dios premie
el fervor de vuestra oración!

Mas, el Hada un cintillo de zafiros
me dio, entre melancólica y risueña,
y los zafiros me dijeron: “¡ Sueña!”

¡ Oh noble Hada, Dios vigorice
vuestras alas para todas las enso-
ñaciones!

Y después, en un trémulo cintillo,
dióme el Hada un rubí como una llama,
y el trémulo rubí me dijo: “¡Ama!”

¡ Oh hermosa Hada, que vuestro
gentil caballero, Reinaldo, Obe-
rón, Tanhauser, no falte jamás
a vuestra cita!

Mas el Hada partió, y en la ribera
un ópalo arrojóme, con un grave
“Adiós”, y dijo el ópalo: “¡ Quién sabe!”

¡ Oh buena Hada ! ¿ tendrá Dios
piedad de nosotros?

AL VIENTO Y AL MAR

Poco sé decir,
poco sé pensar:
al viento y al mar
les voy a pedir
mi nuevo cantar.
¡ Al viento y al mar!

Al agua y al viento
fío el pensamiento
de mis nuevas rimas,
(¡ oh mar, cuéntame un cuento!)

A la onda enorme
y a la racha informe.
A cimas y a simas.

¡ Oh viento, compadre
de mi veleidad!

¡ Oh gran onda, madre
de la humanidad!

Quiero, viento y onda,
vuestra poesía...

(¡Viento, cuéntame un cuento!)

Oh mar, dame un ritnio de belleza rara,
dame tu sal para

mi desabrimiento
y un rumor que arrulle mi melancolía.

“POURQUOI FAIRE?”

¡ Por qué ir a otra estrella!
¡ Qué veremos en ella!
Lucha, injusticia y llanto (si hay una humanidad);
paisajes semejantes a los deste planeta:
bellos, cuando fingidos por mente de poeta,
pero tal vez monótonos, tristes en realidad.

¡ Por qué ir a otra estrella!
¡ Qué veremos en ella!
¡ No te dará ninguna lo que buscando vas !
Todos esos planetas que al sabio maravillan,
¡ qué son sino pedruscos que a la luz del sol brillan,
pedruscos nada más!

¡ Por qué ir a otra estrella!
¡ Qué veremos en ella!
Si en esta hay noches pródigas de tinieblas y horror,
¡ suframos sin reproches,
poniendo en esas noches
la casta lucecita de nuestro viejo amor!

A UN PROMETEO

El proverbio latino harta razón tenía:
Non est magniim ingenium sine melancholia!
Un halo misterioso de inefable tristeza,

¡ oh titán dolorido! circunda tu cabeza,
y bajo de tu frente predestinada y mustia,
no sé lo que es más grande, si tu genio o tu angustia...

Yo no puedo emularte ni en el bien ni en el daño;
¡ Para sentir, amigo, no soy de tu tamaño!
Y a veces basta un rayo de sol, basta una rosa
para alegrarme... tanto como a una mariposa
y el gemido del viento y el día que se viste
de nubes y hasta un poco de amor, ¡ me ponen triste!

Tu altura llama al rayo y a ti y al monte llega
primero el rayo. A tu alma la fatalidad griega
le sienta bien: el odio de un dios, la peña sola
donde espumarajan las iras de la ola...

Aléjate de un siglo nervioso, inquieto, móvil,
en que el viejo Mercurio se trocó en automóvil,
y Joven reina, pero cambiando en lluvia de oro;
en donde las oceánidas que cantaban en coro,
dejaron las salobres caricias de sus mares
por París, prefiriendo los grandes bulevares
a la onda piadosa que cantaba al mecerlas
y conservando solo su afición a las perlas...

¡Aléjate! Ya el mundo no conoce a los grandes...
Te quedan tus montañas: tu Cáucaso, tus Andes,
tus incontaminados y quietos Himalayas,
¡ en los que ni las nubes sepan adonde vayas!

UN LIBRO AMABLE

¡ ESTA BIEN!

Porque contemplo aún albas radiosas
en que tiembla el lucero de Belén,
y hay rosas, muchas rosas, muchas rosas,
gracias, ¡ está bien !

Porque en las tardes, con sutil desmayo,
piadosamente besa el sol mi sien
y aún la transfigura con su rayo,
gracias, ¡ está bien!

Porque en las noches, una voz me nombra,
(¡ Voz de quien yo me sé!) y hay un edén
escondido en los pliegues de mi sombra,
gracias, ¡ está bien!

Porque hasta el mal, en mi don es del cielo,
pues que al minarme, va, con rudo celo,
desmoronando mi prisión también;
porque se acerca ya mi primer vuelo,
gracias, ¡ está bien!

PAPA ENERO...

Papá Enero, que tienes tratos
con los hielos y con las nieves
(y que sin embargo remueves
el celo ardiente de los gatos).

Guarda en tu frío protector
el cuerpo y el ánima en flor
de mi niña de ojos azules,
(en cuyas ropas y baúles
hay castidades de alcanfor).

Manten sus ímpetus, esclavos,
manten heladas sus entrañas,
(como los “fiords” escandinavos
en su anfiteatro de montañas).

¡ Pon en su frente de azahares
y en su mirar, hondo y divino,
remotos brillos estelares,
quietud augusta de glaciares
y claridad de lago alpino!

SENSACIONES DE ANTAÑO

En las tardes de Mayo,
después de la tormenta,
cuando el ambiente húmedo
trasciende a arcilla fresca,
nostálgico de antiguas
sensaciones de América,
desearía ir por calles
espaciosas, desiertas,
en donde hubiera casas
limitadas por rejas;
y tener una novia

que con la cabellera
mojada aun del baño,
me aguardase en la verja,
entre las campanillas
de las enredaderas...

O bien, en la ventana
de una casa de hacienda,
leer algunos de esos
libros, en que se cuentan
aventuras de príncipes
perdidos en la selva;
mientras que las crecientes
que avanzan por las quiebras,
espumarajeando
de rabia entre las peñas,
arrastran desgajadas
ramazones, y reinan
en la atmósfera, vasta
palpitación eléctrica,
perfumes de resinas
y aliento de mareas.

A CARMEN

Tu nombre es un verso,
dos versos tus ojos,
mil versos anidan de tus rizos negros
en el alboroto.

Tus dieciséis años son dieciséis versos:

dos octavas reales que cantan en coro,
y tus frescos labios, tus primaverales
labios de cerezas, un dístico rojo!

¡Feliz quien te diga “mi Carmen” y firme
tan lindo poema con besos gloriosos!

A LIBIO (*)

Libio, yo estoy prendado de tal modo
de la naturaleza peregrina,
que ansiando en mi amor loarlo todo.

Le grito ¡ibis! al ruiseñor que trina;
¡ole! a la onda que cuajó en espuma
y ¡hurra! al sol que calienta y que ilumina.

¡Gracias! digo al clavel que me perfuma
o al lirio que brotó bajo mi planta
y ¡bravo! a la oropéndola que empluma.

Una estrellita azul, que se levanta
en mi alma, a raudales su luz vierte,
y a su influjo, en mi vida todo canta,
y en éxtasis camino hacia la muerte.

() De una epístola al dilecto Licenciado Casasús.*

LOS PAPELILLOS DE COLORES

Los papelillos de colores

que de los altos corredores
lanzan al aire los chicuelo,
como bandadas caprichosas,
en sus impensados vuelos
se figuran que son mariposas.

¡Cierto, los papelillos de colores
se figuran tropel de mariposas!
Que tienen alas imaginan,
locos los vuelve aquel momento
en que parece que dominan
el tenue y móvil elemento
y en su embriaguez de vida nueva,
no creen que es el viento el que los lleva,
sino ellos que bogan por el viento.

¡ Con qué deleite a los fulgores
del sol, en giros mil se mueven!...
¡ Insensatos, si hasta se atreven
a besar a las flores!

...¡ Claro, después de todo,
los pobres, estrujados,
van a parar al lodo,
y son pisoteados
allí... después de todo !

¡ Breves fueron sus galas
y el favor de los vientos!
¡... Pero mueren contentos,
porque creyeron tener alas!

LAS HISTORIAS VIEJAS

Vastago de mi tiempo y de mi gente,
amo al siglo cual es: irreverente,
razonador, nervioso y altanero.

No más ritos ni dogmas ni consejas
ni fantasmas ni espíritu...

Sí, pero

A mí me gustan las historias viejas...

No me llevéis al pie del deslabrado
muro, no me llevéis junto al osado
castillo en ruinas, en cuyas bermejas
torres canta el misterio del pasado,
porque me gustan las historias viejas.

Que si murió Isabel en una estancia,
que si el rey don Fernando, al ir a Francia
por su bella Germana,
veló en la otra: que si doña Juana,
ya loca de remate,
hizo aquí algún sublime disparate
de amor, pensando en su Archiduque hermoso;
que si Carlos, el César poderoso,
con sus damasquinadas armaduras
estremeció estas cámaras oscuras,
o que si en el nocturno
silencio, don Felipe el Taciturno
a la de Éboli espíó tras esas rejas:

¡ No, no me digáis tal, si embebecido
mirarme no queréis, que estoy perdido
de amores, ¡ ay! por las historias viejas!

PANORAMA

Un parque inmenso,
con sus glorietas,
sus avenidas
y sus misterios.

Un verde estanque
con su agua inmóvil,
con sus barquillas
y con sus ánades.

Una montaña
con su castillo,
con su leyenda,
con su fantasma.

Una princesa
por entre el bosque,
junto al estanque,
tras de la almena.

Y sobre de ello,
princesa, bosque, castillo, estanque,
flotando apenas
mi ensueño.

QUIMERA

Cuando con alas candidas
hasta la tierra llegues
a recoger mi espíritu
bajo los niveos pliegues
de tu impalpable túnica
bordada de fulgor,
oh, tú la esposa mística
por tanto tiempo ausente,
y que con labios fluidos
poses sobre mi frente
glacial los santos ósculos
de su inmutable amor;

Cuando los dos impávidos,
por fin, ¡ por fin! unidos
volemos, como aljófares
de un cáliz desprendidos,
como diamantes trémulos
al éter ideal
y en redor nuestro, fúlgidos,
graviten los planetas
con grandes curvas rítmicas,
y vuelen los cometas:
viajeros enigmáticos
que envuelve un manto real.

Entonces, ¡ oh seráfica
novia que esperé tanto,
oirás la estrofa única
que no cantó mi canto

en este mundo pálido
y erial donde nací;
la estrofa que los ángeles
gorjeaban en mi cuna,
(celeste y melancólica
como un rayo de luna)
y que jamás sacrilego
dije a mujer alguna,
guardándotela, incólume
como la luz, a ti!

MIS MUERTOS

Vita mortuorum in memoria vivorum est posita.

Cicerón.

Alma, yo estoy unido con mis muertos,
con mis muertos tranquilos e inmutables,
con mis pálidos muertos
que desdeñan hablar y defenderse,
que mataron el mal de la palabra,
que solamente miran,
que solamente escuchan,
con su oído invisible y con sus ojos
cada vez más abiertos, más abiertos,
- en la inmóvil blancura de los cráneos;
que en posición horizontal, contemplan
el callado misterio de la noche
y oyen el ritmo de las diamantinas
constelaciones en el negro espacio.

Yo vivo con la vida que mis muertos

no pudieron vivir. Por ellos hablo,
y rio por lo que ellos no rieron,
y por lo que no cantaron canto,
y me embriago de amores y de ensueño
por lo que ellos no amaron ni soñaron!

— Este beso, me digo, es por Honorio,
que tanto ansió los besos, y por Claudio,
que amo tanto los versos, esta estrofa
recitaré en los bordes de este lago.
Por Antonio, sediento de la sangre
del viejo vino, vaciaré mi vaso;
por Clara, que en las fiestas fué dichosa,
asistiré a los bailes y saraos,
y he de vivir en éxtasis por Blanca
que en éxtasis vivía, y remirando
me pasaré, los lirios y las rosas,
por Berta, que gozaba en cultivarlos
y a quien cortó la muerte, como a lirio,
o como a rosa mística, ha diez años...

Mientras yo viva vivirán mis muertos
y oiré en la sombra que me place tanto,
su voz sutil que me murmura: “¡ Gracias!”
su tenue acento que me dice: “¡ Amado!”

TRAGEDIA

La luna gibosa untaba
su luz sobre los parterres
y el estanque nacaraba.

Un gato negro maullaba,
maullaba con muchas erres.

(¿No es cosa muy oportuna
en versos funambulescos,
pintar con trazos grotescos
a los gatos y a la luna?)

Surgían cantando en corro
las fuentes, hervor de plata,
y era cada leve chorro
bajo su irisado gorro,
flautín de una serenata.

La rotonda de Carrara
se asomaba a la extensión
del estanque, como para
copiar en el agua clara
su ágil gracia de Trianón.

Y en los boscajes inciertos
en que temblaban los nidos,
los dioses de mármol, yertos,
aunque con ojos abiertos,
¡ ha un siglo estaban dormidos!

Cité a mi ilusión allí,
porque aquella *mise en scénc*
Luis XV, cuadraba bien,
muy bien al ensueño, y
La locuela celestial

me envió a decir con la luna:

“No puedo ir, estoy mal:”

un ángel me ha roto una

“de mis alas de cristal.”

ORO Y PLATA

Lo sé, la Vida pasa nevando en nuestra frente
con sus lentas nevadas, cuyo armiño luciente
ya no se funde nunca... Blanquea nuestro pelo
él polvo del camino, como dijo Longfellow,
y acaso hay en mis sienes algún rizo de plata...

—“Dejad que lo cortemos”, piden riendo Cata
y María. Yo aplaco las actitudes fieras
conque mueven sus dedos las felonas tijeras
y enfadado respondo: “¡ Locuelas, más respeto!
Cada una de estas hebras esconde mi secreto.
¿ No os parece cortarlas harto cruel cautela
si son como un camino, si son como una estela,
si son como un retoño
de paz, como pistilos de la flor de mi otoño ?”

“No las cortéis, oh Cata, no las cortéis, María,
porque pensáis que acusan irreparables daños,
que sienta bien al oro de mi sabiduría
la plata de mis años.”

NO ME MUEVE MI DIOS PARA QUERERTE

Señor, sin esperanza de un bien terreno

ni celeste, sin miedo de tu grandeza,
he de ser bueno, en nombre de la belleza,
del ritmo y la armonía que hay en ser bueno.

Y quiero estar sereno, siempre sereno,
como la santa madre naturaleza
en las tardes de otoño, con la realeza
de un mar que late en calma como un gran seno.

Y quiero amarte sobre seres y cosas,
porque de las criaturas esplendorosas
eres el Arquetipo y el Soberano,
¡porque encarnas en todas las mujeres hermosas,
porque enciendes los astros y perfumas las rosas
y dilatas la hondura del rebelde océano!

LA CANONESA

—Os idolatro, marquesa,
de mi alma hicisteis presa:
ya sólo vuestra será.

¿Y vos?

—¡No sé qué dirá
mi tía la canonesa!

—De obediencia sois modelo;
mas vos, decid, vos, ¿me amáis?
¡Oh, sí! ya que me dejáis
mirar, mirándoos, el cielo.

¡No me retardéis, pues, esa

blanca mano, rema mía!
—¿ Y si no place a mi tía
la canonesa?

—Le placera, i vive Dios !
... y perdonadme, Clarisa,
si he jurado desta guisa
estando cerca de vos...
Mas i ay! que mi alma os ansia
y vos os mofáis así...

—Yo os amara; ¿ pero y
la canonesa mi tía?

—i Ingrata! y aun apura
de su sarcasmo el rigor,
y ni la entibia mi amor
ni la mueve mi ternura!
Pues bien, muera yo y que aquí
termine ya mi agonía...

—No, no hagáis tal, por mi tía
la canonesa... (i y por mí!)

EPITALAMIO

A S. M. el Rey (1)

I

Señor, todos los cuentos cuya ingenua fragancia
perfumó ios tranquilos senderos de mi infancia,

contaban de las bodas de un Rey adolescente,
noble como una espada, como un Abril riente,
con la bella Princesa de una isla lejana,
candida y rubia como la luz de la mañana.

Y estampas luminosas mostraban, ya a los dos
recibiendo en el templo la bendición de Dios,
ya, en una perspectiva de ensueños, a los fulgores
del sol, los milagrosos cortejos de colores:

Infantas de pureza lilial y ojos azules,
cubiertas de brocados, de joyas y de tules,
Abades, con su adusta comunidad, vestida
de blanco y negro (sombras y luz... ¡ como la vida!),
Señores y Embajadas, radiantes de oro y plata,
morados Arzobispos o Nuncios escarlata.

Los cuentos terminaban con frases siempre iguales,
siempre de esta manera: “Y hubo fiestas reales;
vinieron muchos príncipes de países extraños,
trayendo cada uno un magnífico presente,
y la Princesa rubia y el Rey adolescente
vivieron muy felices y reinaron cien años.”

II

Señor, Rey de una tierra de clásica hidalguía
en donde, en otros tiempos, el sol no se ponía:
Rey de esta madre Patria que miran como hijos
innumerables pueblos, los cuales tienen fijos
hoy en ella sus ojos oscuros, con amor;
descendiente de claros monarcas, oh Señor,
en vos miramos todos los hijos de la Grey

hispana al joven símbolo de la raza. Sois Rey
aun, en cierto modo, de América, como antes:
Rey, mientras que el idioma divino de Cervantes
melifique los labios y cante las canciones
de diez y ocho Repúblicas y cincuenta millones
de seres; mientras rijan las almas y la mano
el ideal austero del honor castellano.

Rey, mientras que las vírgenes de esa América mía
lleven en sus miradas el sol de Andalucía;
Rey, mientras que una boca, con celeste reclamo,
pronuncie en nuestra lengua sin par un “¡Yo te amo!”
Rey, mientras de unos ojos o de unos labios brote
ya el llanto, ya la risa, leyendo a “don Quijote”;
Rey, mientras que no olviden al palpitar las olas
el ritmo que mecía las naos españolas;
Rey, mientras haya un héroe que oponga el firme pecho
como un baluarte para defender el derecho;
Rey, como cuando el manto de torres y leones,
cobijaba dos mundos como dos corazones;
Rey, en fin, en las vastas mitades del planeta,
mientras haya un “hidalgo y un santo y un poeta!

III

Señor, aquesta rima que os trae mi labio ufano,
que siempre se gloria de hablar el Castellano,
es de mi bella patria la ofrenda perfumada,
el lírico homenaje de mi México amada,
de México, sirena que en dos marres se baña
y a quien nuestros abuelos llamaron “Nueva España”,
porque en ella encontraron la imagen de este suelo:

¡ la misma tierra ardiente y el mismo azul del cielo!

IV

Señor, como en los cuentos cuya ingenua fragancia
perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
celebráis vuestras bodas, vos, Rey adolescente,
Si noble como una espada, como un Abril riente,
con la bella Princesa de una isla lejana,
candida y rubia como la luz de la mañana.

¿ Qué desear ahora para vuestro contento
sino que todo acabe también como en un cuento,
y pueda repetirse con las sacramentales
palabras de los cuentos:

“Y hubo fiestas reales;
vinieron muchos príncipes de países extraños,
trayendo cada uno un magnífico presente,
y la Princesa Rubia y el Rey adolescente
vivieron muy felices y reinaron cien años!”?

(1) Leído por su autor en el Ateneo de Madrid la noche del 28 de Abril de 1906.

EL VIEJO SOLAR

¡ Oh! las torres cuadradas, en la paz de la villa,
¡ oh, las lomas bermejas y el panzudo batán!
¡ oh, severo paisaje del solar de Castilla,
con tus diáfanos cielos y tu tierra amarilla
y ambiente vasto, como para un inmenso afán!

¡ Silueta de mancebo, que, cuando el surco labras,

del claro azul recortas tu agraria majestad,
torreones cenicientos al borde de las abras,
rebaños resonantes y trémulos de cabras,
que en la apacible tarde volvéis a la ciudad!

Toledo altiva y procer, Valladolid, Segovia,
Avila cinta en torres, ascético Escorial,
Burgos huraña, cuya viril tristeza agobia.
¡ oh, tierra de Castilla, te quiero como a novia,
a mi esquivez complaces y en tí está bien mi mal!